

¿Tocopilla o Valparaíso?



ayquina

imagen de un poblado indígena en antofagasta



Presencia mágica del norte. Algo palpante de fuerzas contenidas. Las grandes y las pequeñas geografías: una conjunción en el tiempo y el espacio.

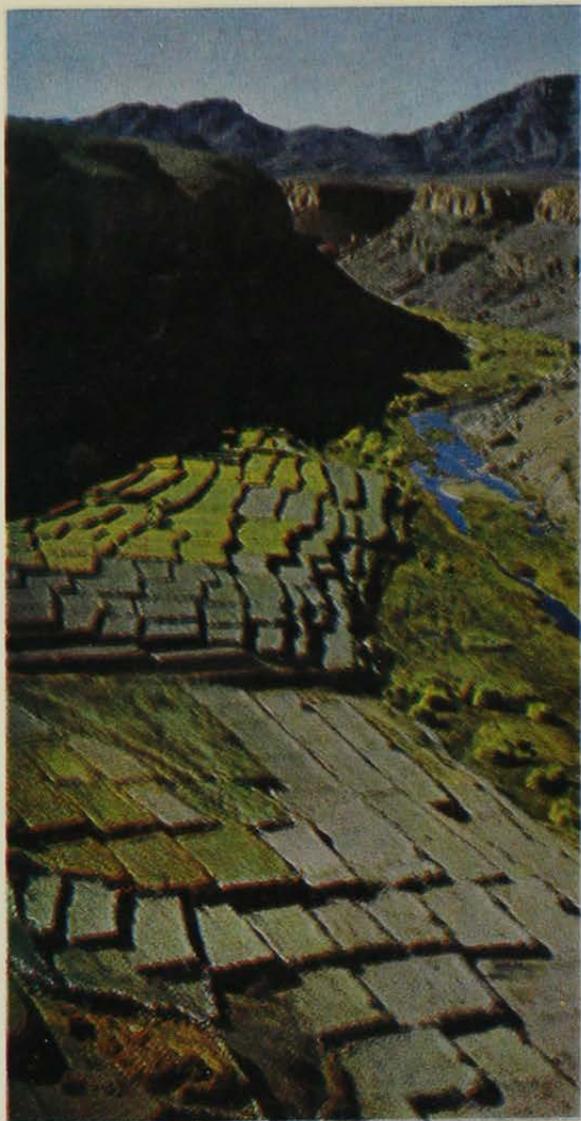
La luz potente, las extensiones sin referencias, el silencio infinito; todo contribuye a crear una atmósfera cargada de misterio. Presencia y esencia del mundo nortino. La tierra aborígen que nos va entregando poco a poco sus secretos tras un letargo secular. La multiplicación de la piedra y la omnipresencia del sol. Diálogo eterno, como el diálogo del hombre con la naturaleza.

Pero hay algo más que nos conmueve, que trasciende lo meramente natural. Es la creación humana, puesta allí como un refugio del espíritu nortino. Creación de los pueblos, arquitecturas en reposo, dichas en el lenguaje ancestral de la piedra, con sencillez, sobriamente.

El habitante del norte siente el influjo poderoso de este ambiente, que se trasunta en su obra individual y colectiva, pues ésta no es aquí únicamente una proyección de la subjetividad del creador; más que eso, es una expresión de la comunión del hombre con el medio natural, no sólo geográfico, sino cósmico, que lo rodea.

ISMAEL MASCAYANO Y FERNANDO MALDONADO

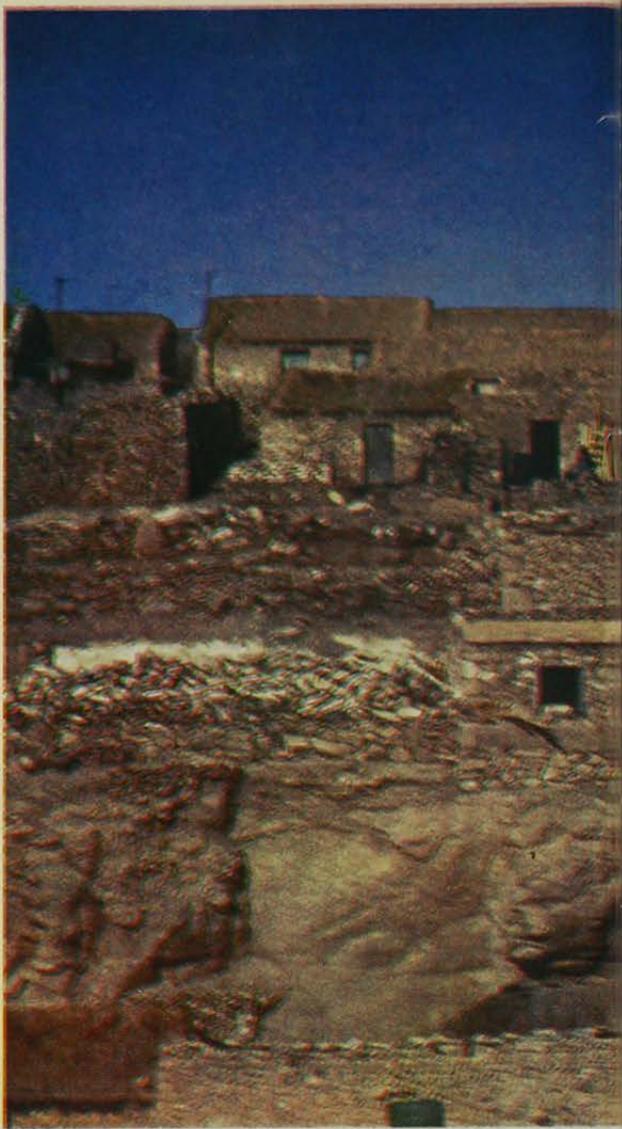
Los autores, estudiantes de arquitectura, formaron parte de la expedición arqueológica a Río Salado, provincia de Antofagasta, dirigida por el Profesor Mario Orellana. Trabajaron en varios lugares de interés, no sólo para el arqueólogo, sino también para todos los que de una u otra manera se preocupan por nuestros auténticos valores culturales.



Pendientes de treinta grados donde hay que cultivar. Geometría superada. Ganar espacio para poder vivir. Problema antiguo, esfuerzo nuevo. En cada caso.

El espacio dominador, que lo abarca todo, en cierto modo determina la existencia del hombre. El respeto que éste, a su vez, siente por la naturaleza, está sintetizado en casi todas las construcciones precolombinas y en algunas post-hispánicas que se han mantenido fuera de influencias urbanas contemporáneas. Pequeñas aldeas, anónima respuesta a una problemática arquitectónica. Ayquina es un ejemplo.

La primera impresión que se tiene al llegar a Ayquina es la de estar ante un agrupamiento de casas realizado con mucha sensibilidad y sentido de las proporciones. Refugio precordillerano hecho por el hombre a su propia escala. Pero no es sólo eso. A medida que se observa y se vive el espacio, van surgiendo otros valores que lo definen como un todo orgánico, elocuente en su expresión formal. Lo que es un sentido de organización diferente, aparece expresado con claridad y decisión. Las determinantes son, por lo demás, fuertes. De la necesidad de aprovechar al máximo las áreas de cultivo —a orillas del río, en terrenos más bien verticales— resulta una estricta separación del suelo cultivable y el suelo habitable. Las terrazas tie-



Piedra con piedra. Pardo desteñido, integración del color por analogía, sin color. Arquitectura en ocre, de un color; en azul de cielo, sobre el techo; en azul pintado sobre las puertas, también en verde. Con decisión.

nen un valor esencial, por ser la agricultura prácticamente la única fuente de subsistencia. Las pocas extensiones fértiles que quedan sin explotar se usan para el pastoreo. En este aspecto es curioso anotar el trabajo de las mujeres de conducir los rebaños de ovejas y llamas a lo largo del río y las quebradas. El río representa el flujo vital que da origen al ciclo de la fertilidad, que se repite cada año.

El espacio que llamaríamos propiamente pueblo, se encuentra emplazado sobre un peñón de 40 a 50 metros de altura sobre el río, de fácil acceso desde las terrazas. Este peñón está muy protegido del viento que, en la parte alta de la meseta, alcanza gran intensidad.

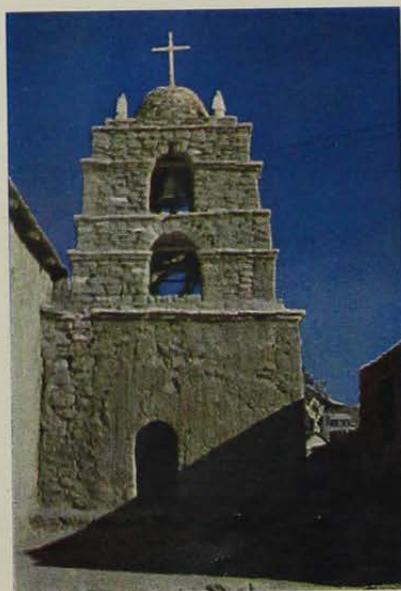
El eje central del trazado, sobre el cual se sitúa el espacio plaza-iglesia, está en una depresión del terreno, desarrollándose las viviendas a uno y otro lado de este eje, como en escalinata. Hay que subir a lo más alto, bajar y subir de nuevo; pasar entre dos muros con los hombros encogidos; recorrer la redondez de las esquinas; tomar conciencia de la escala para apreciar el acento vital en la temática de esta arqui-

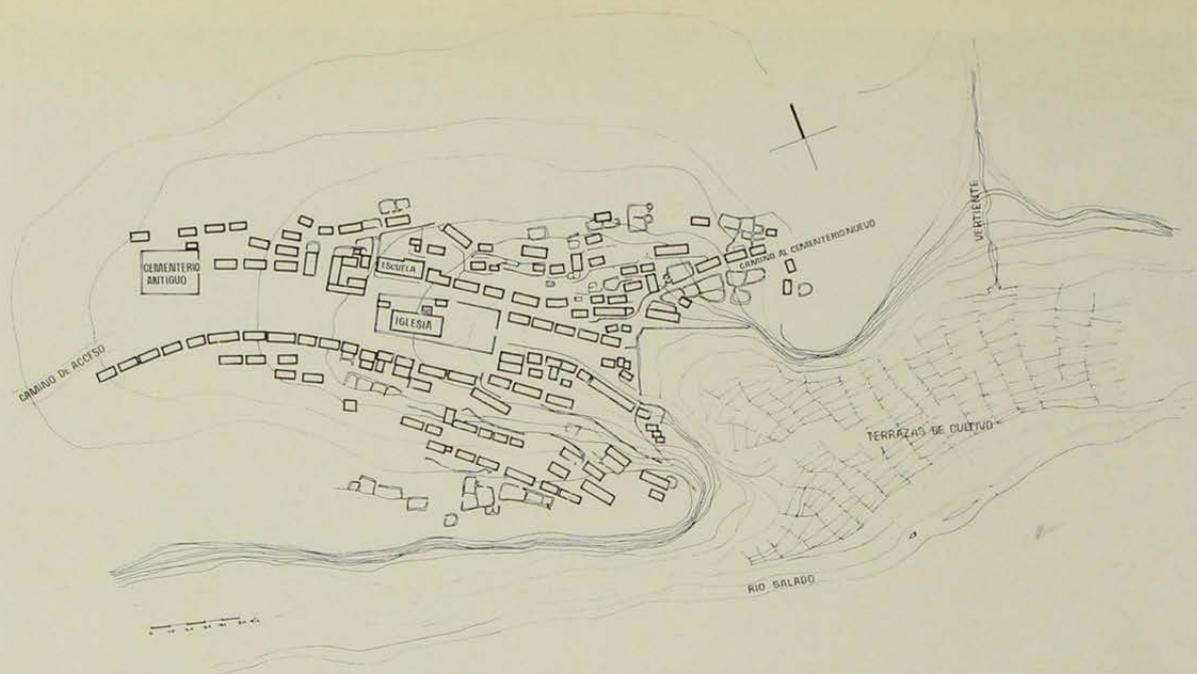


tectura. Integración al paisaje (a veces uno confunde el pueblo con los cerros, de lejos). Pequeños volúmenes pegados a cada curva del suelo; y detrás de eso, la voluntad de sus constructores, expresada sin alardes, pero con fuerza. No es arquitectura por oposición, sino por analogía e identificación.

La habitación para la familia en cuadrado; los corrales para el ganado en curva envolvente. Las casas hacia abajo, para cada uno. Los corrales hacia arriba, separados de las casas. Cada cual cumpliendo su función. Para todos. Fachadas limpias, sin cercos ni vallas. El espacio de todos, hecho por todos. Con piedras traídas de muy cerca, con paja cortada en el río, con madera de cactus de los cerros. Todo allí; tan pocos elementos para componer un ámbito pleno de belleza, pobremente vestido, pero rico en variedad, limitado en crecimiento.

La imposibilidad de crecer mucho más por la escasez de tierras cultivables; el abandono en que está sumido, como todos nuestros pueblos indígenas; la falta de interés por estimular otras actividades orientadas a conseguir su desarrollo, nos hacen pensar tristemente





PLANO DE AYQUINA

en su futuro. Cada año los jóvenes se van a las ciudades con la esperanza de hallar nuevas perspectivas. A veces se quedan para siempre. Pero la mayoría vuelve algún día a descansar.

Desde la plaza: espacio limpio, sin retocar. El pueblo arriba, mirando hacia abajo por ambos lados, como anfiteatro. La iglesia, al centro, con su antigua torre, fiel testimonio del paso del español, en los primeros siglos de la colonia.

La piedra, ¿cobrando vida? Más bien la vida determinando formas, con la piedra. Orden sobre el desorden, definiendo funciones con claridad. La lana dictando normas de dignidad, entre este muro y el otro lado.

Las terrazas de cultivo, en el cañón del río, son de distintas épocas. Algunas muy antiguas están casi completamente destruidas. Muy próximos a ellas se encuentran numerosos petroglifos y pinturas rupestres de gran belleza. Varios son, como las terrazas, de períodos pre-hispánicos, lo que demuestra una prolongada permanencia del hombre en este lugar. Probablemente el conquistador español no tuvo otro interés que imponer su religión. El pueblo, por lo demás, conserva el espíritu del indígena del norte, distinto a todos los demás del país. Las condiciones son otras. Otros los paisajes, otras las tradiciones. Culturas diferentes, hombres lejanos. De allí, arquitecturas diversas. No podemos pensar en una arquitectura nacional, mas sí en arquitecturas regionales. Sepamos captar la esencia de ellas.

